

DECIRLE A LA GENTE LO QUE NO QUIERE OÍR

PREFACIO ORIGINAL A ANIMAL FARM

GEORGE ORWELL

Traducción de Eurídice Aguirre



Nada ha contribuido tanto a la corrupción de la idea original del socialismo como la creencia en que Rusia es un país socialista y todo acto de sus gobernantes debe ser no sólo disculpado, sino imitado". Así escribió George Orwell para presentar la edición ucraniana de *Animal Farm* cuatro años después de escrita su celebrada novela. Orwell compuso el libro en tres meses escasos, a partir de noviembre de 1943; ahora es un clásico, pero suele olvidarse lo difícil que fue para él conseguir publicarlo. Dos importantes editores británicos lo rechazaron y la *Dial Press* de Nueva York le informó que "era imposible vender historias de animales en Estados Unidos".

Una pequeña editorial británica hizo planes para publicarlo y Orwell, en algún momento de 1944, escribió un agudo y apasionado prefacio en el que defendía "el derecho de decir a la gente lo que no quiere oír". Al fin, sin embargo, lo aceptó una firma importante, Secker y Warburg. *Animal Farm* apareció a mediados de 1945 y se convirtió en un best-seller, pero sin el prefacio original de 1944, que fue redescubierto un cuarto de siglo más tarde. Aparece aquí por cortesía de los herederos de la difunta Sonia Brownell Orwell.

Este libro fue pensado en 1937, en lo que a la idea central concierne, pero no se escribió hasta fines de 1943. Para cuando estuvo escrito, era obvio que iba a ser muy difícil publicarlo (pese a la escasez actual de libros, que nos asegura que cualquier cosa que pueda pasar por libro "se venderá"), y en aquel tiempo fue rechazado por cuatro editores. Sólo uno de ellos tenía algún motivo ideológico. Dos habían estado publicando libros anti-rusos durante años; el otro no tenía una tendencia política digna de atención. Un editor empezó en realidad por aceptar el libro, pero una vez hechos los acuerdos preliminares decidió consultar al Ministerio de Información, que al parecer lo amonestó o, en todo caso, lo previno enérgicamente contra su publicación. He aquí un extracto de su carta:

Mencioné la respuesta que me dio un importante funcionario del Ministerio de Información con respecto a *Animal Farm*. Debo confesar que la opinión que expresé me ha puesto a pensar

seriamente... Ahora puedo ver que publicar el libro actualmente podría verse como algo de muy mal agüero. Si la fábula tratara de dictadores y dictaduras en general, entonces la publicación estaría bien, pero la fábula sigue, como ahora lo veo, tan de cerca la carrera de los rusos soviéticos y sus dos dictadores, que sólo puede aplicarse a Rusia, con exclusión de otras dictaduras. Otra cosa: sería menos ofensiva si la casta dominante de la fábula no fuera la de los cerdos. Pienso que la elección de los cerdos como la casta dirigente ofenderá sin duda a muchos, y particularmente a quienes sean un poco susceptibles, como indudablemente lo son los rusos.

Esta clase de cosas no son un buen síntoma. Obviamente no es deseable que un departamento de gobierno pueda tener algún poder de censura (excepto la censura de seguridad, que nadie desapruueba en tiempos de guerra) sobre libros que no tienen patrocinio oficial. Pero el peligro principal para la libertad de pensamiento y de expresión en este momento es la intervención indirecta del MOI o de cualquier cuerpo oficial.

Si los editores se empeñan en mantener ciertos temas fuera de la circulación, no es porque temen un proceso judicial, sino porque temen a la opinión pública. En este país la cobardía intelectual es el peor enemigo al que un escritor o periodista deba enfrentarse, y no me parece que el hecho se haya discutido como merece.

Cualquier persona imparcial con experiencia periodística admitirá que durante esta guerra la censura oficial no ha sido particularmente molesta. No se nos ha sometido al tipo de "coordinación" totalitaria que habría sido razonable esperar. La prensa tiene algunos agravios justificados, pero en general el gobierno se ha portado bien y ha sido sorprendentemente tolerante de las opiniones minoritarias. Lo ominoso de la censura literaria en Inglaterra es que en gran parte es voluntaria. Las ideas impopulares pueden silenciarse y los hechos inconvenientes mantenerse en la oscuridad, sin necesidad de ninguna prohibición oficial.

Quienquiera que haya vivido cierto tiempo en un país extranjero conocerá ejemplos de noticias sensacionales de asuntos nuevos que por sus propios méritos

merecerían los grandes titulares y que en la prensa inglesa son simple y sencillamente dejados de lado, no debido a la intervención del gobierno, sino por un cordial acuerdo tácito de que "no se debería" mencionar ese hecho en particular. En cuanto a los diarios respecta, es fácil entenderlo. La prensa inglesa está extremadamente centralizada y la mayor parte pertenece a hombres acaudalados que tienen todas las razones del mundo para no tratar con honestidad ciertos temas importantes. Pero el mismo tipo de censura velada opera también en libros y periódicos, así como en obras de teatro, películas y radio. En cualquier momento dado hay una ortodoxia, un conjunto de ideas que se supone que toda la gente sensata aceptará sin dudar.

No está exactamente prohibido decir esto, eso o aquello, sino que "no es propio" decirlo, exactamente como en la época victoriana "no se debería" mencionar los pantalones en presencia de una dama. Quienquiera que desafíe la ortodoxia prevaleciente se encuentra silenciado con una eficacia asombrosa. A una opinión verdaderamente fuera de moda casi nunca se le prestan oídos ni en la prensa popular ni en las publicaciones de la elite.

En este momento lo que pide la ortodoxia prevaleciente es una admiración incondicional a la Rusia soviética. Todos lo saben, y casi todos actúan en consecuencia. Cualquier crítica grave al régimen soviético, cualquier revelación de hechos que el gobierno ruso preferiría mantener ocultos, es prácticamente impublicable. Y esta conspiración de alcance nacional para adular a nuestros aliados ocurre, de manera bastante curiosa, en contra de un sustrato de auténtica tolerancia intelectual. Porque, aunque no se nos permita criticar al gobierno soviético, cuando menos somos razonablemente libres de criticar al nuestro. Es difícil que alguien publique un ataque a Stalin, pero no se corre ningún riesgo atacando a Churchill en toda clase de libros y periódicos. A lo largo de cinco años de guerra, de los cuales dos o tres estuvimos luchando por la sobrevivencia nacional, incontables libros, panfletos y artículos que defendían una paz de compromiso se han publicado sin problemas. Aún más, se han estado publicando sin provocar mucha desaprobación.

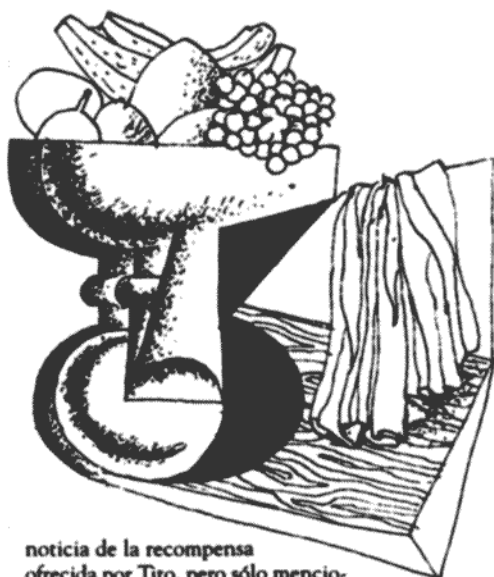
Mientras no ha estado en juego el prestigio de la URSS, la libertad de expresión se ha respetado razonablemente. Hay otros temas prohibidos, luego mencionaré algunos, pero la actitud predominante hacia la URSS es con mucho el síntoma más grave. Es, por así decirlo, espontánea y no se debe a la acción de ningún grupo de presión.

El servilismo con que la mayor parte de la *intelligentsia* inglesa se ha tragado la propaganda rusa y la ha repetido desde 1941 sería por entero sorprendente si no fuera

porque nuestra *intelligentsia* se ha comportado así en muchas ocasiones anteriores. Una y otra vez se ha aceptado sin examen el punto de vista ruso sobre asuntos en disputa, y luego se ha publicado con un completo descuido de la verdad histórica y la decencia intelectual.

Para nombrar sólo un ejemplo, la BBC celebró el 25 aniversario del Ejército Rojo sin mencionar a Trotsky. Fue exactamente como conmemorar la batalla de Trafalgar sin mencionar a Nelson, pero ello no suscitó protestas entre la *intelligentsia* inglesa. En las luchas internas de los diferentes países ocupados, la prensa inglesa ha estado, en casi todos los casos, de parte de la facción favorecida por los rusos y ha calumniado a la facción opuesta, algunas veces ocultando datos importantes para hacerlo. Un caso particularmente evidente fue el del coronel Mihailovich, el líder chetnio yugoslavo. Los rusos, que tenían su protegido yugoslavo, el mariscal Tito, acusaron a Mihailovich de colaborar con los alemanes. Esta acusación fue rápidamente recogida por la prensa inglesa; a los defensores de Mihailovich no se les dio oportunidad de responder, y los hechos que contradecían la acusación simple y sencillamente no se publicaron.

En julio de 1943, los alemanes ofrecieron una recompensa de 100 000 coronas de oro por la captura de Tito, y una recompensa similar por la de Mihailovich. La prensa británica publicó "en grandes titulares" la



noticia de la recompensa ofrecida por Tito, pero sólo mencionó en una página (con letras pequeñas) la recompensa ofrecida por Mihailovich, y los cargos de colaboración con los alemanes continuaron.

Cosas muy similares sucedieron durante la guerra civil española. También entonces, las facciones del lado republicano a las que los rusos habían decidido oprimir fueron temerariamente calumniadas en la prensa inglesa de izquierda, que se negó a publicar cualquier declaración en su defensa, incluso en forma de carta. En la actualidad, no sólo una crítica grave a la URSS es considerada reprochable; aun la existencia de tal crítica es en algunos casos mantenida en secreto. Por ejemplo, poco tiempo antes de su muerte, Trotsky escribió una biografía de Stalin. Podemos dar por sentado que no era un libro imparcial, pero obviamente era vendible.

Un editor americano había acordado su publicación y el libro estaba en prensa —creo que ya se habían enviado los ejemplares de promoción a los reseñistas— cuando la URSS entró en la guerra. El libro fue inmediatamente retirado. Ni una palabra sobre el asunto apareció nunca en la prensa británica, aun cuando, evidentemente, la existencia de tal libro y su supresión era una noticia de actualidad digna de algunos párrafos.

Es importante distinguir entre el tipo de censura que la *intelligentsia* literaria inglesa voluntariamente se impone y la censura a que pueden a veces obligar los grupos de presión. Desde luego que ciertos temas no pueden ser discutidos a causa de los "intereses creados". El caso más conocido es el fraude de la medicina de patente. Y como siempre, la iglesia católica tiene una influencia considerable en la prensa y puede acallar hasta cierto punto las críticas que recibe. A un escándalo que involucre a un sacerdote católico casi nunca se le dará publicidad, mientras que un sacerdote anglicano que se meta en problemas (como el rector de Stiffkey) será noticia de primera plana. Es muy raro que algo con una tendencia anticatólica aparezca en la escena o en la pantalla. Cualquier actor puede decirnos cómo una obra o película que ataque o ridiculice a la iglesia católica está expuesta a ser boicoteada en la prensa, y probablemente sea un fracaso.

Pero estas cosas son inofensivas, o al menos comprensibles. Cualquier gran organización cuidará sus intereses lo mejor que pueda, y la propaganda abierta no es algo que pueda objetarse. No cabría esperar que el *Daily Worker* divulgue hechos desfavorables a la URSS, no más de lo que cabría esperar del *Catholic Herald* que denunciara al Papa. Por supuesto, cualquier persona pensante conoce el *Daily Worker* y el *Catholic Herald* por lo que son. Lo inquietante es que cuando la URSS y sus políticas se ven afectadas no puede esperarse una crítica inteligente o siquiera, en muchos casos, la llana honestidad de los periodistas y escritores liberales que no están bajo una presión directa que los haga falsificar sus opiniones. Stalin es sacrosanto, y ciertos aspectos de su política no deben discutirse seriamente. Esta regla se ha observado casi universalmente desde 1941, pero desde diez años antes había funcionado más amplia-

mente de lo que a veces advertimos. Durante todo ese tiempo la crítica de *izquierda* del régimen soviético no podía hacerse oír sino difícilmente.

Había una enorme producción de literatura anti-rusa, pero casi toda desde el ángulo conservador y manifiestamente deshonesto, anticuada e impulsada por los motivos más sórdidos. Por otra parte había una corriente de propaganda en favor de los rusos igualmente enorme y deshonesto, que llegaba a boicotear a cualquiera que tratara de discutir las cuestiones importantes de una manera adulta. Por supuesto que se podían editar libros anti-rusos, pero hacerlo era asegurarse de ser ignorado o malinterpretado por casi toda la prensa de elite. Tanto privada como públicamente se nos advertía que "no se debía". Lo que uno dijera podía ser verdad, pero era "inoportuno" y se "hacía el juego" a tal o cual interés reaccionario.

Solía defenderse esta actitud sobre la base de que la situación internacional y la urgente necesidad de una alianza anglo-rusa la reclamaban; pero es claro que fue una racionalización.

La *intelligentsia* inglesa, o gran parte de ella, había desarrollado una lealtad nacionalista hacia la URSS, y sentía íntimamente que aventurar la menor duda sobre la sabiduría de Stalin era una blasfemia. Los acontecimientos en Rusia y los acontecimientos en otras partes se juzgaban con diferente rasero. Las interminables ejecuciones de las purgas de 1936-1938 fueron aplaudidas por quienes se habían opuesto toda su vida a la pena capital, y se consideró igualmente apropiado informar sobre las hambrunas cuando ocurrieron en la India y ocultarlas cuando sucedieron en Ucrania. Y si fue así antes de la guerra, la atmósfera intelectual no es ciertamente mejor ahora.

Pero ahora volvamos a este libro mío. La reacción hacia él de la mayor parte de los intelectuales ingleses será muy sencilla: "No debería haberse publicado". Naturalmente los reseñistas que conocen el arte de la denigración no lo atacarán por sus bases políticas, sino por las literarias. Dirán que es un libro insulso y tonto y un vergonzoso desperdicio de papel. Puede que sea verdad, pero obviamente eso no es todo. No se dice que un libro "no debería haberse publicado" sólo porque es un mal libro. Después de todo, todos los días se presentan toneladas de basura sin que nadie se moleste.

La *intelligentsia* inglesa, o la mayor parte de ella, objetará este libro porque difama a su Líder (así lo ven) y daña la causa del progreso. Si hiciera lo contrario, no tendrían nada que decir en su contra, aunque sus fallas literarias fueran diez veces más evidentes de lo que son. El éxito que ha tenido el Club de los Libros de Izquierda durante cuatro o cinco años es un ejemplo que muestra lo dispuestos que están a tolerar una escritura procaz y descuidada, con tal de que se les diga lo que quieren oír.

La pregunta implícita es muy simple: ¿todas las opiniones, por impopulares —o disparatadas— que sean, tienen derecho a hacerse oír? Puesta de esa manera, casi cualquier intelectual inglés sentirá que debe decir: "Sí". Pero démosle una forma concreta y preguntémos: "¿Y un ataque a Stalin? ¿Eso tiene derecho a hacerse oír?": la respuesta más frecuente será "No". Ocurre que en este caso se desafia a la ortodoxia actual y así el principio de libertad de expresión se deteriora.

Ahora bien, cuando exigimos libertad de expresión y prensa no pedimos libertad absoluta. De cualquier modo, siempre habrá cierto grado de censura, tanta como soporten las sociedades organizadas. Pero la libertad, como dijo Rosa Luxemburgo, es "libertad para el otro camarada". El mismo principio está contenido en las célebres palabras de Voltaire: "Detesto lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo". Si la libertad intelectual, que ha sido sin duda una de las marcas distintivas de la civilización occidental, tiene algún sentido, es que cada quien tendrá el derecho de decir y publicar lo que cree que es la verdad, siempre que no perjudique de modo inequívoco al resto de la comunidad. Tanto la democracia capitalista como las versiones occidentales del socialismo han dado por sentado este principio. Nuestro gobierno, como ya lo he señalado, sigue dando algunas muestras de que respeta este principio. La gente de la calle —en parte quizá porque no se interesa bastante en las ideas para ser intolerante con ellas— sostiene vagamente: "Supongo que todos tienen el derecho a su propia opinión". Sólo los intelectuales, científicos y literatos, o en todo caso principalmente ellos, que deberían ser los guardianes de la libertad, están empezando a despreciarla, lo mismo en la teoría que en la práctica.

Uno de los fenómenos peculiares de nuestro tiempo es la deserción liberal. Por encima y por debajo de la conocida declaración marxista de que la "libertad burguesa" es una ilusión, hay ahora una tendencia extendida que arguye que la democracia sólo puede defenderse con métodos totalitarios. Si se ama la democracia, continúa el argumento, se debe aplastar a sus enemigos, no importa lo que eso signifique. ¿Y quiénes son sus enemigos? Salta siempre a la vista que no son solamente aquellos que atacan a la democracia abierta y conscientemente, sino aquellos que "objetivamente" la ponen en peligro debido a las difundidas doctrinas equivocadas.

En otras palabras, defender a la democracia implica destruir toda independencia de pensamiento. Este argumento fue usado, por ejemplo, para justificar las purgas rusas. Es difícil que el más ardiente rusófilo haya creído que todas las víctimas eran culpables de todo lo que se les acusaba, y no sólo de tener opiniones heréticas que "objetivamente" perjudicaban el régimen y que por lo tanto justificaban no sólo que se los masacrara sino que se los desprestigiara con acusaciones falsas. El

mismo argumento se usó para justificar todas las mentiras intencionales que hubo en la prensa de izquierda sobre los trostkistas y otras minorías republicanas en la guerra civil española. Y se usó de nuevo para vociferar contra el *habeas corpus* cuando Mosley fue liberado en 1943.

Esa gente no ve que si uno alienta los métodos totalitarios puede llegar el tiempo en que se usen contra uno en lugar de para uno. Acostumbrémonos a encarcelar fascistas sin un juicio, y quizás el proceso no se detenga en los fascistas.

Poco después de que el desaparecido *Daily Worker* había sido reestablecido, di una conferencia a unos trabajadores del sur de Londres. El público lo constituían intelectuales de la clase trabajadora y de la clase media baja, el mismo tipo de público con el que solíamos reunirnos en el Club de los Libros de Izquierda. La conferencia había tocado el tema de la libertad de prensa, y al final, para mi sorpresa, muchos inquiridores se levantaron y me preguntaron: ¿no se le había ocurrido que levantar la prohibición del *Daily Worker* fue un gran error? Cuando pregunté por qué, me dijeron que era un periódico de lealtad dudosa y que no debería ser tolerado en tiempos de guerra. Me encontré defendiendo yo mismo al *Daily Worker*, que más de una vez se había salido de su línea para difamarme.

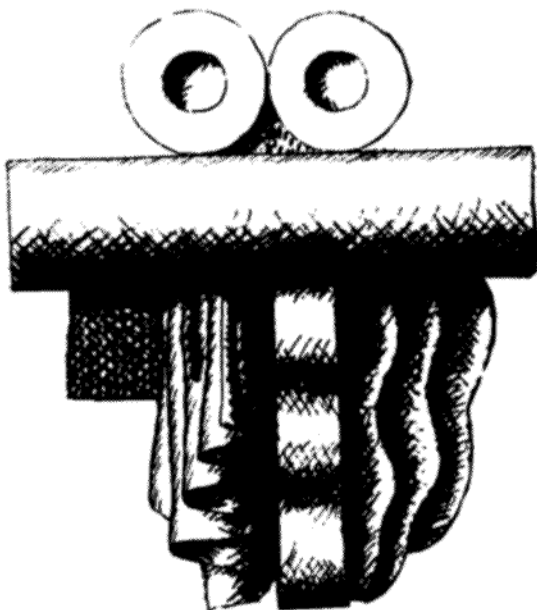
¿Pero dónde había aprendido esa gente este punto de vista esencialmente totalitario? ¡Indudablemente lo habían aprendido de los mismos comunistas! La decencia y la tolerancia están profundamente arraigadas en Inglaterra, pero no son indestructibles y hay que mantenerlas vivas, hasta cierto punto, por un esfuerzo consciente. El resultado de predicar doctrinas totalitarias es el debilitamiento del instinto por el cual la gente libre sabe que son o no peligrosas.

El caso de Mosley ilustra esto. En 1940 era perfectamente correcto encerrar a Mosley, hubiera cometido o no algún crimen, según la ley. Peleábamos por nuestras vidas y no podíamos admitir que un probable traidor estuviera libre. Mantenerlo encarcelado en 1943, sin un juicio, fue un atropello. La poca atención con que en general se vio esto fue un mal síntoma, aunque es verdad que la agitación contra la liberación de Mosley fue en parte fabricada y en parte la racionalización de otros descontentos. Pero ¿en qué medida el presente desliz hacia las formas fascistas de pensamiento tiene su origen en el "anti-fascismo" de los diez años pasados y la falta de escrúpulos que ha ocasionado?

Es importante darse cuenta de que la actual rusomanía no es otra cosa que un síntoma del debilitamiento general de la tradición liberal de Occidente. Si el MOI hubiera contribuido y definitivamente vetado la publicación de este libro, la mayoría de la *intelligentsia* inglesa no habría visto nada inquietante en ello. La lealtad

incondicional a la URSS resulta ser la actual ortodoxia, y cuando supuestos intereses de la URSS están involucrados, están dispuestos a tolerar no sólo la censura sino la falsificación deliberada de la historia.

Para nombrar un ejemplo. A la muerte de John Reed, el autor de *Los diez días que conmovieron al mundo*—un testimonio de primera mano de los primeros días de la revolución rusa—, los derechos de autor del libro pasaron a manos del Partido Comunista Británico, al que,



creo, Reed los había legado. Algunos años más tarde los comunistas británicos habían destruido la edición original de los libros hasta donde pudieron, y publicado una versión mutilada de la que habían eliminado las menciones de Trotsky y omitido también la introducción escrita por Lenin.

Si una *intelligentsia* radical hubiera existido todavía en Inglaterra, este acto de falsificación habría sido expuesto y denunciado en todos los diarios literarios del país. Ocurrió que hubo pocas o ninguna protesta. A muchos intelectuales ingleses les pareció completamente natural. Y esta tolerancia de la clara deshonestidad significa mucho más que la admiración por Rusia que es la moda del momento. Con toda seguridad, esta moda en particular no durará. Hasta donde sé, cuando este libro se publique mi opinión del régimen soviético podría ser generalmente aceptada. Pero ¿de qué servirá? Cambiar una ortodoxia por otra no es necesariamente un avance. El enemigo es la mente de

fonógrafo, estemos o no de acuerdo con el disco que se toca en el momento.

Conozco bien todos los argumentos contra la libertad de pensamiento y expresión —los argumentos que afirman que no puede existir, y los que sostienen que no debería. Mi respuesta es simple: no me convencen; nuestra civilización se ha fundado, a través de un periodo de cuatrocientos años, en la noción opuesta. Durante la última década he creído que la existencia del régimen ruso es ante todo un asunto maligno, y reclamo el derecho de decirlo, a pesar de que estemos aliados con la URSS en una guerra que quiero ver ganada. Si tuviera que escoger un texto para justificarme debería elegir la línea de Milton: "Por las reglas conocidas de la antigua libertad". La palabra *antigua* hace énfasis en el hecho de que la libertad intelectual es una tradición profundamente arraigada, sin la cual las características de nuestra cultura occidental sólo dudosamente podrían existir. Muchos de nuestros intelectuales están rechazando esa tradición. Han aceptado el principio de que un libro debería publicarse o suprimirse, ensalzarse o reprobarse, no por sus méritos sino según la conveniencia política. Otros, que en realidad no sostienen esta opinión, la aceptan por mera cobardía.

Un ejemplo es el fracaso de los numerosos y vociferos pacifistas ingleses para elevar sus voces contra el frecuente culto al militarismo ruso. Según estos pacifistas, toda la violencia es maligna, y nos han exhortado en todas las etapas de la guerra a dar o cuando menos conseguir una paz negociada. Pero ¿cuántos de ellos han señalado alguna vez que la guerra es perversa también cuando la emprende el Ejército Rojo? Evidentemente, los rusos tienen derecho a defenderse, mientras que hacerlo nosotros es un pecado mortal.

Esta contradicción sólo puede explicarse de una manera: esta es, debido a un cobarde deseo de permanecer con la mayoría de la *intelligentsia*, cuyo patriotismo está dirigido a la URSS antes que a Inglaterra. Sé que la *intelligentsia* tiene bastantes razones para su timidez y deshonestidad, conozco desde luego de memoria los argumentos con los que se justifican. Pero al menos busquemos erradicar la insensatez en la defensa de la libertad contra el fascismo.

Si algo quiere decir la libertad es el derecho de decirle a la gente lo que no quiere oír. La gente común aún suscribe vagamente la doctrina y actúa en consecuencia. En nuestro país —no es lo mismo en todos los países: no fue así en la República francesa, y no es así en Estados Unidos hoy— son los liberales quienes temen la libertad y los intelectuales los que manchan al intelecto: escribí este prefacio para llamar la atención sobre este hecho. ☛